

POSTFACIO: TRES FORMAS (Y MEDIA)
DE LEER *LA CIUDAD DE N*

1. La novela de Dobychin ocupa un lugar complicado en la historia de la literatura rusa. Aunque se publicó en 1935, puede entenderse como uno de los últimos ejemplos del simbolismo ruso del *fin-de-siècle*, y demuestra que la tradición literaria inaugurada por escritores como Chéjov o Sologub no había sido aniquilada por entero por la experimentación de las primeras décadas post-revolucionarias. Joseph Brodsky comparó a Dobychin con Joyce y Proust, y de alguna forma *La ciudad de N* trata de llevar a cabo un ejercicio similar de memoria absoluta, de recreación pormenorizada del pasado, similares a los de *Ulysses* y *À la recherche du temps perdu*. Se trata de una novela cuyo objetivo es ofrecernos el retrato de un pasado que ya no existe, y los detalles que evoca el narrador, comenzando por los «pajes» —las «bandas elásticas» de la ropa de su madre que aparecen en el primer párrafo—, actúan como referentes de anclaje de una memoria que amenaza con disolverse.

2. Sin embargo, también debemos preguntarnos por qué dicha memoria se encuentra bajo amenaza. Joyce tenía el exilio como inspiración para su *Ulysses*; la mala salud de Proust y su consiguiente aislamiento forzoso actuaron como fuerza motriz para llevar a cabo su novela. Para Dobychin la situación es algo distinta: no se trata de que se viera excluido de la sociedad que quería narrar, sino de que dicha sociedad había sido destruida. Y ahí es donde cobra sentido entender *La ciudad de N* como una obra satírica. El crítico literario Borís Paramónov escribió que Dobychin era un autor que se había perdido todo lo ocurrido desde la Revolución, «o bien que pretendía habérselo perdido». Este aparente olvido, esta inconsciencia sobre unos hechos concretos —*La ciudad de N* es, al menos de forma superficial, una obra apolítica—, esconde una honda decepción con el país en que se había convertido Rusia a partir de 1917. A principios de la década de 1930, cuando se animaba a los artistas a escribir como si fuera posible construir el Cielo mismo en la Tierra, el narrador de Dobychin toma como su modelo, de forma accidental, la amoral Ciudad de N, el lugar en que se desarrolla la mayor parte de la novela de Gógol *Almas muertas*. Con su elección está haciendo hincapié en lo sencillo que es cometer el error de leer a Gógol como un escritor realista, que su sátira no era más que la simple y llana descripción de *cómo es Rusia*, y cómo será por siempre. En lugar de adoptar la línea soviética de que nuestros esfuerzos de hoy nos

conducirán al futuro glorioso de mañana, Dobychin insiste en que nada cambia.

3. Pero la sátira corre el riesgo de ser considerada un género «menor». Es difícil que una obra satírica logre ser enteramente universal, y solo cuando sale de su zona de confort, cuando deja de atacar de forma directa a sus enemigos, es cuando puede convertirse en algo mucho más rico y de mayor valor literario. Al igual que nadie lee *Don Quijote* simplemente por su ataque a las novelas de caballerías, nadie leerá, o debería leer, *La ciudad de N* simplemente por la manera en la que desmantela algunas de las supuestas bondades de los primeros años de la época soviética. *La ciudad de N* debería ser entendida como una obra de arte. La comparación más obvia es con la pintura: *La ciudad de N* es una pieza de *puntillismo literario*, entendido como la técnica literaria en la cual minúsculos, «puros» detalles, equivalentes a los puntos de color utilizados por artistas como Seurat o Signac, van componiendo una imagen mayor. Después de leer *La ciudad de N*, y sobre todo después de releerla, el lector siente que se le ha entregado un tapiz completo de una sociedad en su totalidad, con sus costumbres y creencias, sus hábitos y en cierta medida sus esperanzas, en el espacio de menos de doscientas páginas. Una imagen que puede mirarse infinitas veces sin que se vuelva obsoleta.

[Bonus: Es posible, por supuesto, interpretar *La ciudad de N* de acuerdo con la vida de su autor. El escritor soviético Veniamín Kaverin fue uno de los más acérrimos defensores de su obra, y escribió en sus *Memorias* que el suicidio de su amigo debía verse como una afirmación de sus propias creencias, al igual que el *bara-kiri* lleva implícito el desaire a los que quedan vivos. Pueden encontrarse pistas en la novela que apoyan esta idea. Dobychin la escribió mientras sufría una presión psicológica insoportable: tras haberse pasado años intentando conseguir el permiso para mudarse a San Petersburgo, el entorno hostil que encontró una vez que logró introducirse en la sociedad literaria de Leningrado supuso una gran decepción. Las molestias correlativas a las variadas dificultades que puntúan la existencia de su narrador es algo que se repite tras la fachada, en apariencia tranquila, de *La ciudad de N*.]

Pero terminemos con un apunte más edificante, la historia de una amistad. Como tributo a Dobychin, Kaverin incluyó varios de sus relatos en sus *Memorias*, rotándolos con cada reedición de las mismas, de manera que Dobychin, cuya publicación estaba prohibida tras sufrir la denuncia del régimen de su obra y su posterior suicidio, pudo llegar a algunos lectores. Y su «redescubrimiento» en la década de 1990, la posición vital que Dobychin ocupa en el imaginario de la actual generación de escritores rusos, sus traducciones al

alemán, italiano, inglés, y ahora a nuestro idioma, son claras señales de que este autor único ha sido vindicado al fin.

JAMES WOMACK
MADRID, ENERO DE 2014